

tiempo, pues en más de treinta años que esta-
vieron debajo de la tierra, salieron como si una
area. El P. Torquemada. (1) dice que el cuerpo
de este siervo de Dios está en Guadalupe, por-
que se lo dijo la relación: pero no están sino en
Guadalupe con cargo de consejero de toda aquella
comarca, donde sabe algunas profecías de este
siervo de Dios cumplidas, y por tales repetidas;
pero por no tener testimonio, no las
pongo, por que el auténtico que tenían, se lo ha
quitado el tiempo, y así las remito á Dios, como
fuente del profeta para que las descubra con-

CAPITULO X.

DE LA VIDA DEL SIERVO DE DIOS FR. ALONSO ORTIZ.

Fué este siervo de Dios natural del Almen-
dralejo, en Extramadura, y pasando á la Nueva
España, gastó la flor de sus años hasta el últi-
mo de los juveniles, que fueron cuarenta de edad,
en los devaneos y entretenimientos del siglo; y
desengañado de él pidió el hábito de nuestro
Padre San Francisco y se lo dieron para lego
en el Convento de Tzintzúntzan, erario repeti-
do de las mayores personas de este reino, cuyo
valor y virtud exalaban sus sepulturas, para que
los imitasen los que fuesen sucediendo y así este

siervo de Dios los imitó en el discurso de la Re-
ligion porque como aun todavía los resabios del
siglo labraban en él, no acababa de ajustarse á
la verdadera imitacion de ellos. Al fin abonanzó
el tiempo y cesaron los combates que tan
equivoco y absorto lo traian y se redujo á una
vida apostólica, apoyándola en sus propias basas
que es la humildad en que fué extremado. Y así
viendo sus prelados su grande talento y capaci-
dad, le quisieron abrir la corona para que pro-
fesase para el coro y él no quiso admitirlo hasta
consultarlo con Dios. Abuella noche lo hizo y
le pidió muy deveras à Nuestro Señor que si
convenia, que se hiciese su voluntad, y que si no
que amaneciese con una calentura ardiente, pa-
ra que estorbase los designios de sus Prelados.
A la mañana amaneciò con tan gran calentura,
que el cuidado de curarla borró el de abrirle la
corona, y así profesó para lego, cumpliendo su
primera vocacion. Vivió despues muchos años
en la religion con la mayor pobreza, recojimien-
to y oracion que vieron los de aquel tiempo. Sus
penitencias y mortificaciones fueron dechado
para todos. Entre muchas contaré una por no
ser tan corto que mengüe el crédito de la His-
toria, ni tan largo que enfade con ella.

Sierr Refectolero del convento de Tzintzuntzan, sobre el amasar del pan tuvo con otro religioso una pesadumbre; y estando la razon de su parte se aplicó la pena, confesando la culpa por suya. Y así à medio dia estando los religiosos comiendo en el refectorio, entrò por medio de él, desnudo en paños menores, dándose unos azotes tan crueles, que atemorizó à los circunstantes. Y habiendo dado la vuelta entera se fué à los piés de su reñido, y arrodillándose à ellos confesó à voces su culpa, y se los besó con tanta ternura, que pudieron ser sus lagrimas lavatorio de la culpa. De este tamaño fueron todas las mortificaciones de este siervo de Dios, y así subió tan de punto sus virtudes que no parecia sino endiosado, cuya opinion, como aroma derramado, excedia los límites de la Religion y oía ya por todo el el siglo, con que la aclamacion le daba atributos que negaba su abatimiento; y así le llamaban para todos los menesteres y en las necesidades le consultaban el expediente más conforme.

Sucedió pues en el pueblo de Querétaro que murió una niña, los padres acudieron à este siervo de Dios con la niña muerta, pidiéndole se doliese de ellos, interponiendo su valor para que Dios les volviese lo que les habia quitado. En

tonces el siervo de Dios, herido de estas voces y lastimado de estos ruegos, levantò los ojos al cielo, hecha una y breve oracion hizo la señal de la Cruz sobre la niña y la resucitó, con que quedaron los padres consolados y Dios engrandecido en su siervo. De aquí levantó la estimacion nuevos afectos y le visitaban muy de ordinario todas las personas de la República, entre las cuales le visitaba una más de ordinario por ser muy devoto y amigo suyo; y entrando en su celda le halló expulgando, y el buen hombre por ayudarle le cogió la tunica y se la expulgó; y viendo que se le habia suspendido, levantó los ojos y le vió arrobado, y sobre su cabeza un resplandor ó luz tan hermosa que se asombró y dió gracias à Nuestro Señor.

Estando en el pueblo de Tarecuato, movido del recogimiento de aquel convento y de la soledad del sitio, se dió à la oracion con tan ardiente espíritu que un dia le dió Nuestro Señor una consolacion interna tan vehemente, que si le dura un Credo más, se le arranca el alma: y así le quedó el espíritu tan saboreado, que cada rato se elevaba y andaba fuera de sí, porque si no era à Dios no tenia otra cosa en su alma, como dijo San Antonio en la fiesta: "Bona anima, quæ foris est, ut verbum intus sit. Despues de

muchos años de edad adoleció en el pueblo de Querétaro, y despues de recibidos todos los Sacramentos dió su alma al Criador con las esperanzas que cada una de sus virtudes le aseguraban. Enterráronle en el mismo convento, con consuelo de toda aquella República.

CAPITULO XI.

DEL SIERVO DE DIOS FR. JUAN GALVAN MALDONADO.

Nació en Estremadura, y pasó á la Nueva España, donde siguió el camino del vicio y libertad con resolucion y desafueros, por que los de su condicion eran terribles. En fin tocóle Dios y tomó el hábito de N. P. San Francisco en esta Provincia y prosiguiendo el año de su aprobacion, todavía los brios de su condicion le hervian en las venas, y no podia reducirse á la mansedumbre del nuevo estado, y así los preladados determinaron quitarle el hábito en ocasion en que el santo Gallina estaba en el convento

Y llevado de algun motivo oculto lo encomen-
do à Nuestro Señor, porque veia que habia de
aprovechar mucho en la religion; y desde aquel
punto se sosegò y quietò, trocandose en un re-
trato del que le habia encomendado á Dios pro-
cuaando desde luego fijarse en aquel estado. Y
como creciese en él como espuma, procuró bus-
car mayor desembarazo para darse à la oracion
y así se pasó à la Dezcalcés, que entoncés era
Custodia la que hoy es una Provincia muy ob-
servante, donde fué recibido con la opinion que
de acá llevaba, y como era de Santo todos á
boca llena se lo llamaban. Y llegó á tanto es-
tremo que impusieron los prelados obediencia
no se lo llamasen y era en vano, porque el con-
cepto que tenian y veian de sus obras sin saber
como, arrojaba las palabras por la boca sin acor-
darse del precepto y cuando lo conferian, se ad-
miraban: y así se lo llamaron generalmente, por
que entendian que era motivo superior el oculto
que le daba aqueste título.

No hubo virtud en que no fué estremado, par-
ticularmente en la secuela del Coro, donde pa-
saba toda la noche, fuera de un rato que toma-
ba de alivio, para que no le faltasen las fuerzas
naturales: y para esto tenia una celda muy pe-
queña y por cama dos tablas muy angostas y

un trozo por cabecera. De dia no le veian en el
Convento sino en la huerta trabajando, donde
tenia su retiro en un rosal, y allí pasaba sus arro-
bos, éxtasis y raptos; y así le vieron muchas ve-
ces arrobado en el aire, insensible y con rostro
tan hermoso y encendido como las rosas heridas
del Sol, siendo el cielo el blanco donde fijaba
los ojos, tan inmóviles como sus astros y plane-
tas. En esto es ejercitó toda su vida y fué re-
putado por singular en la oracion mental, á cuya
opinion un clérigo llamado Fulano de la Plata
y otros sus confidentes quisieron tentar à este
siervo de Dios, y saber si era espíritu verdadero
el suyo, llevados de una vana curiosidad (esco-
llo donde topa la rectitud de la razon). Llegaron
à la portería y pidieron que lo llamasen, que
querian comunicarle cosas de su consuelo espi-
ritual. Fué el portero y díjole como le busca-
ban: y conociendo el intento le dijo que les res-
pondiese que se fuesen con Dios. pues no los
habia traído à la curiosidad con que venian: y
así compujidos se volvieron.

Dos religiosos, grandes amigos de este siervo
de Dios, quisieron imitarle el modo de vida y

de la oracion mental, y dentro de pocos dias el uno perdió el juicio y el otro estuvo à la muerte; con que entendieron que aquel espíritu era solo de este siervo de Dios y no de otros.

Ultimamente viviendo fuera de la ciudad de México, tuvo nueva que el P. Fr. Diego de San Pedro, religioso muy observante y à quien amaba tiernísimamente estaba muy malo y así se partió à verlo por la posta, y cuando llegó le hallò ya sin habla y sin pulsos. Condolido de su hermano y de la falta que habia de hacer en la Custodia por la importancia de la persona, se fué al Santísimo Sacramento y le hizo una muy larga oracion pidiendo à Nuestro Señor trocase la sentencia, que muriese él y viviese el enfermo. Volvió de la oracion y en el mismo punto empezó à mejorar el enfermo y él empezó à enfermar, y al paso que el uno sanaba iba el otro enfermando; y cuando el P. Fr. Diego de San Pedro llegó al punto de la mejoría, llegó este siervo de Dios al de la muerte. Lleváronle à la enfermería de San Francisco de México, donde murió luego, con tan grande opinion que sin conocerlo en la ciudad se conmovió toda y acudió à su entierro, quitándole el hábito à pedazos, por

estimar sus reliquias. Despues de muerto declaró su confesor como muchas veces en su celda se le habia aparecido la Virgen Nuestra Señora de quien fué devotísimo. Está enterrado en S. Francisco de México entre otros muchos siervos de Dios que tiene aquella gravísima iglesia.



CAPITULO XII.

DE LA VIDA Y MUERTE DEL P. FR. MIGUEL
DE SAN GABRIEL.

Cada vez que me acordaba de este Apostólico Varon en el progreso de esta historia me daba prisa por llegar á referir su vida, porque como todavia el eco de su conversacion lo estamos oyendo tan sonoro, honesto y religioso como sonaba en vida, incentivo apresuraba las memorias de su apostólica vida.

Tomó el hábito en la Provincia de Castilla, siendo èl natural de Toledo con las demostraciones que suele el fuego en los combates de la fragua, que arroja chispas y centellas y dà con

ellas en los ojos. Así fué este apostólico Varon, que apenas entró en la fragua del noviciado, cuando dió en los ojos con las centellas de su virtud, fraguando en su pecho los más vivos afectos que pudo un angel en semejante empleo. Profesó y en los primeros años de la Religion pasó á la Nueva España, ordenado de Evangelio, asignando para esta Provincia, donde incorporado como las partes personales eran de proporcion amable, se llevó los ojos de todos y tras ellos la voluntad, particularmente de los superiores; y como venian con fiador tan abonado como el de su virtud y observancia, tuvo luego ascenso à muy buenos puestos; pero como el mandar es cuesta arriba para el virtuoso, á la tercera vez que fué Guardian lo renunciò todo, con propósito de no admitir oficio en su vida, como lo hizo.

Desembarcado ya nuestro ángel Gabriel, empezó el espíritu á reformar vejezes y algunas distracciones nacidas del gobierno, que tal vez son abortos que relajan el vigor del espíritu más robusto, y así se recogió al convento de Erongaricuaru donde vivió muchos años con el sosiego que la ciudad puesta en la cumbre del monte, ejercitándose solo en administrar los Sacramentos à los indios y en la oracion y secuela de

coro, con tanta continuacion, que ya el vivir y conversar suyo era en el cielo con los ángeles. De cuya escuela salió tan perfecto, que en toda la latitud de nuestra regla no se le conoció defecto positivo que pudiese desdorar los crisoles de su observancia. Esmeróse en la de la pobreza, tanto, que no tuvo debajo del cielo mas que su hábito, paños menores, su breviario y una cruz de palo en la celda, con quien conferia los afectos de su alma. Siempre anduvo descalzo y tan honesto y agradable en el aspecto, que le amaban reverencialmente solo con mirarle, y sobre todo lo que tuvo este siervo de Dios, muy particular la candidez de sus palabras, y así no hubo persona que en toda su vida le oyese hablar palabras superfluas, y muchas veces con este cuidado los religiosos, estando presente este siervo de Dios, introducian alguna conversacion tocante el gobierno de la provincia, por ver si se descuidaba, y apenas empezaban la primera palabra, cuando encogia los hombros y los descuidaba y se iba derecho al coro à encomendar à Dios aquellas materias, pareciéndole que el oirlas era culpa que le acusaba. Por esto se introdujo entre los religiosos un respeto reverencial, que delante de él no se trataba más que del servicio de Dios, à que él

respondia con una dulzura de palabras que enternecía el alma, dándole una consolacion interna en que todos conocian la perfeccion de este varon apostólico, y así era el comun recurso de los afligidos, en quien hallaban el consuelo que nuestros antepasados en el Seráfico Doctor San Buenaventura, de quien se lee que solo con mirarle el rostro se aplacaba el iracundo, y con oirle sus palabras el más afligido se reducía y quedaba con la serenidad que el valle con la presencia del sol. Así fué nuestro Fr. Miguel de San Gabriel, en quien su eleccion ó la de Dios en ella, le dió dos nombres de ángel para mostrarnos en ellos que lo era dentro y fuera, así en los adornos del alma como en los del cuerpo siendo su conversacion y palabras, instrumentos con que acreditaba esta verdad, y así el mirarle era para que el iracundo se compusiese, para trocar la afliccion en consuelo y alivio como el que tuvieron los que le alcanzaron.

Un religioso de todas prendas que alcanzó y comunicó à este siervo de Dios, me dijo con particular admiracion, que una de las cosas que le habian admirado en este reino era, que este siervo de Dios no hubiese hecho infinitos milagros, porque cuando miraba su vida, examinaba el tiempo de su mucha oracion y atendia à la

candidez de sus palabras y observancia de su regla, encogía los hombros y remitía el caso á los grandes juicios de Dios, y así como no es de esencia de la santidad el hacer milagros, sino virtud *gratis data*, y que no se dió al Bautista, siendo las primicias de la gracia, quedó la de este siervo de Dios en la opinión de todos con los reulces que merecía. Pasó de esta vida en el convento de Erongaricuaro, donde está enterrado, dejando á esta provincia en tan vivos sentimientos, que hoy enternece el oír repetir la falta de este ángel en el nombre y en la vida.

CAPITULO XIII.

DE UN CASO MEMORABLE SUCRIDIDO EN EL CONVENTO DE URUAPAN.

Siendo Guardian del Convento de Uruápan el P. Fr Alonso Templado, religioso de mucha virtud y observancia y de los primeros que tomaron el hábito en esta Provincia, llegó á aquel pueblo un hombre que venía de la tierra adentro tratante y contratante de los géneros más corrientes de entonces, y viendo que el Guardian era tan siervo de Dios, determinó dejarle lo que no dejara menos que así satisfecho y le dijo y rogó que le guardase una poca de plata donde fuese servido, como la seguridad fuese como la